



Homilía

Ordenación diaconal de Pablo Gómez. Festividad de S. José

Santa Iglesia Catedral, Sábado 19 de marzo de 2011

Queridos Sr. Deán, Sres. Vicarios, Sr. Rector del Seminario, Formadores, Seminaristas; Querido Pablo; familiares y amigos; hermanos de la Parroquia de S. Benito.

Es para mí una alegría poder celebrar una ordenación diaconal en el día de San José, Patrono de la Iglesia y del Seminario. Decir Patrón no significa sólo custodia, sino también modelo a seguir, de ahí que me vas a permitir, Pablo, no sólo encomendarte a la intercesión del Santo Patriarca, sino perfilar el modelo de su vida para que te ayude a ti y a todos, a introducirnos en esta celebración.

Lo primero que destaca al contemplar la figura de San José es el misterio del actuar de Dios, de su llamada, de la vocación que engendra. Como ha dicho Benedicto XVI en su visita al Seminario de Roma:

“Dios, el Señor, nos ha llamado a cada uno de nosotros; cada uno ha sido llamado por su propio nombre. Dios es tan grande que tiene tiempo para cada uno de nosotros, me conoce, nos conoce a cada uno por nombre, personalmente. Cada uno de nosotros ha recibido una llamada personal. Creo que debemos meditar muchas veces este misterio: Dios, el Señor, me ha llamado a mí, me llama a mí, me conoce, espera mi respuesta como esperaba la respuesta de María, como esperaba la respuesta San José, de los Apóstoles”.

Pues bien, esta interpelación del Señor es clave para vivir la vida de fe. No hay cristianismo si no hay una llamada, expresada y percibida a través de signos diversos: este hecho debería impulsarnos a estar atentos a la voz de Dios, como San José; atentos a su Palabra, a fin de responder, a fin de realizar esta parte de la historia de la salvación para la que cuenta conmigo.

Si seguimos adelante descubrimos que José fue elegido por el Eterno Padre como protector y custodio fiel de sus principales tesoros, esto es, de su Hijo y de su Esposa y cumplió su oficio –su servicio y vocación- con insobornable fidelidad.

También tú, querido Pablo, has tenido una llamada del Señor para confiarte sus más preciados tesoros. Hoy vas a recibir el Sacramento del Orden Sagrado y serás constituido Diácono para asistir al Obispo y ayudar a los Presbíteros en el ministerio de la Palabra, en el servicio del Altar y en la atención a los más necesitados. Tu vida, como San José, ya no te pertenecerá como propiedad que puedas disponer a tu arbitrio.

El Sacramento del Orden implica la consagración a Dios. Sólo Él será, desde ahora, el que dirige tu vida y el motivo de todas tus dedicaciones ministeriales a las que te debes íntegramente. Es, en definitiva, Jesucristo, estrechamente unido al Padre celestial y con la fuerza del Espíritu Santo, Quien te escoge y, por tanto, es Él quien fija los criterios y señala las metas de la misión que te confía.

Por ello, la llamada del Señor, la hermosa vocación que de Él has recibido, debe embargar tu vida de gozo y ha de constituirte en un cántico de alabanza al Señor que ha decidido actualizar en el mundo la redención valiéndose también de ti y de tu libre aceptación.

Como ministro del Señor estás llamado a hacerle presente en tu vida y en el ejercicio del ministerio que se te ha confiado. Hacer presente al Señor no significa simplemente manifestar que le representas, sino hacer las veces, actualizar su propia acción a favor de las personas que se te encomienden.

Ello implica asumir la suerte de esas personas y obrar en su favor lo que ellas no van a ser capaces de hacer por sí mismas. Habrás de hacer penitencia y rezar por sus necesidades, y dar gracias a Dios por todo aquello que ellas no sean capaces de agradecerle. Y todo eso para que avancen en el camino de la vida que ha de conducirles a la perfección, a la santidad, a Dios mismo y, con Él, a la felicidad eterna.

Pero siguiendo adelante con la figura de San José, descubrimos cómo el Señor valora la capacidad de amar de San José, sus cualidades humanas y su deseo de serle fiel. Al mismo tiempo aprendemos del Santo que no defraudó a Quien había depositado en él su confianza. Por eso, la pregunta ahora es: cómo y de dónde obtuvo la fuerza para llevar adelante su misión. Destacaré tres rasgos:

La humildad

No hay duda de la humildad de San José, obediente al Señor en todo y dispuesto a renunciar a todo para servir a María y a Jesús. Como dice el Papa a los seminaristas, humildad no es una palabra cualquiera, una modestia cualquiera, sino una palabra "**cristológica**". Imitar a Dios que se rebaja hasta mí; abajamiento tan grande que se hace mi amigo, sufre por mí, muere por mí.

Esta es la humildad que es preciso aprender, la humildad del actuar divino. Quiere decir que debemos vernos siempre a la luz de Dios. Así, al mismo tiempo que podemos conocer la grandeza de que somos personas amadas por Dios, nos percatamos también de nuestra pequeñez, nuestra pobreza; y de esta forma aprendemos a comportarnos como debemos, no como amos, sino como siervos. Ser diácono y sacerdote, exige mucha más entrega y donación; e implica necesariamente esa humildad.

Dado que en el Bautismo hemos sido configurados con Cristo, debemos, por tanto, asumir sus mismos sentimientos y actitudes; encontrar el espíritu de ser mansos, sin violencia, de convencer con el amor y con la bondad. Es decir, la humildad es la clave del servicio diaconal; la humildad de sentirnos instrumentos del Señor es lo que nos dará la fuerza para salir de nosotros mismos y de nuestros proyectos y así convertirnos en don de Dios para el mundo.

La escucha de la Palabra

En segundo lugar, destaca en San José su escucha atenta de la Palabra de Dios. Es eso lo que recomienda la Exhortación **Verbum Domini**:

“Los aspirantes al sacerdocio están llamados a una profunda relación personal con la Palabra de Dios, especialmente en la “lectio divina” (Id. n. 82), pues la Palabra de Dios es indispensable para formar el corazón de un buen pastor, ministro de la Palabra.

“Es necesario acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: la mente de Cristo (1Co 2,16)... solamente permaneciendo en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la Verdad y será verdaderamente libre” (Id. n. 80).

Por tanto, querido Pablo, no te olvides día a día, de cultivar una relación de intimidad con el Señor. Sólo es posible la misión de mostrar el sentido profundo y la fuerza salvadora de la Palabra si realmente hay en nosotros un trato de amistad con Cristo y estamos "**enamorados**" del ministerio que nos ha sido encomendado; si esto falta, la edificación de su pueblo se volverá un trabajo agotador y nada gratificante. Lo dijo Él: "**sin mí no podéis hacer nada**" (cf Jn 15, 5).

Amor a Jesús y María

En tercer lugar, un amor único a María y a Jesús. El ministerio ordenado exige una unión a su Esposa, la Iglesia, y un estar pendiente de que Jesús -la Verdad y el Amor-, crezca en medio de nuestro mundo. De hecho, el espíritu de la función diaconal que la tradición apostólica nos ha legado consiste en servir a Cristo y a su Iglesia rindiendo testimonio de la Verdad y de la Caridad, que se encuentran precisamente en Cristo y en la Iglesia.

El ejercicio del ministerio de los diáconos, cualquiera que sea la actividad que tengan que desarrollar, es iluminado y animado por el principio de "**la verdad en la caridad**" y de "**la caridad en la verdad**". El mundo de hoy necesita de este doble y único testimonio.

“Sin la verdad, la que se alcanza por la luz de la razón y de la fe, el amor –como enseña Benedicto XVI– se convierte en un envoltorio vacío que se rellena arbitrariamente... es presa fácil de las emociones y las opiniones contingentes de los sujetos, una palabra de la que se abusa y que se distorsiona... Sin verdad, la caridad cae en mero sentimentalismo (Caritas in veritate, 3).

Por otra parte, es la caridad, el amor divino, la fuerza que nos permite mantenernos en la verdad, instruir y aceptar la naturaleza de las cosas y el orden que las religa; comprender que no bastan las meras relaciones de justicia entre los hombres, sino que es preciso establecer vínculos fundados en la gratuidad, la misericordia, la comunión.

Por tanto, Pablo, en tu vida como en la de San José, debe reinar Cristo, que es la fuente de la Verdad y de la Caridad. Y para mantener dicho reinado nada mejor que el apoyo y la compañía de la Santísima Virgen que nos testifica día a día que **“para Dios nada hay imposible”**.

Por último, me vais a permitir saludar con especial alegría y cariño a la familia del nuevo diácono, así como mi gratitud y reconocimiento a todos los sacerdotes, comunidades parroquiales y pequeñas comunidades en las que ha crecido la vocación de este hermano nuestro.

A todos os invito para que continuéis acompañándolo con la oración y con una cercanía espiritual que le permita vivir su vida diaconal, con la fortaleza que le asegura el Espíritu Santo recibido por la imposición de las manos; así tendremos un auténtico servidor de Cristo y de los hermanos, misionero del siglo XXI, dispuesto a emprender las labores de una nueva evangelización. Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez